

# “Arraigados en Dios”

## Para leer la Biblia con provecho

Devocional  
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán  
“Zeit mit Gott”

Tema: Habacuc, uno que cuenta con Dios (parte 1)  
(10 días)

**Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.  
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen**



## **Habacuc, uno que cuenta con Dios (parte 1)** **(10 días)**

Día 1

Hab.1:1-17

El libro del profeta Habacuc contiene solo tres capítulos. Él debe haber sido un observador muy atento pues se dio cuenta detalladamente cómo el reino de Judá poco a poco se deterioró. Por la temprana muerte del rey Josías en el año 609 a.Cr. sus reformas religiosas pasaron al olvido. Su hijo y sucesor Joacim guió al pueblo cada vez más a la apostasía.\*

¿Quién era Habacuc? Era contemporáneo de los profetas Jeremías, Nahum y Sofonías. Acerca de su persona casi no sabemos nada. Su nombre inusual señala a una palabra babilónica-asiria que significa “planta”. Algunos lingüistas derivan su nombre de la lengua hebrea y lo traducen como “abrazador” o “el que junta las manos”, lo cual corresponde bien a Habacuc, el que ora. Se le llama profeta, sin embargo se diferencia mucho de los demás profetas.

“Habacuc mas bien pertenece al grupo de ‘los silenciosos’. Aparentemente no fue comisionado de parte de Dios, como otros profetas, de hablar públicamente en las plazas, lugares de encuentros, calles o ante empleados del rey. Mas bien le fue encargado llevar la miseria de su época en oración, en su corazón” (W. Lüthi). Como los salmistas expresa sus preguntas delante de Dios. Es la oración continua, que le abre una y otra vez la visión del actuar de Dios, incluso más allá de su tiempo. (Lea Sal. 13:1-6; 77:1-15.)

Habacuc reconoce el peligro inminente para él y su pueblo. Él se encuentra en la situación parecida como el salmista en el Sal. 130, que grita a Dios como uno que se está ahogando: “De lo profundo, oh Jehová, a ti clamo. Señor, oye mi voz; estén atentos tus oídos a la voz de mi súplica. Esperé yo a Jehová, esperó mi alma; en su palabra he esperado” (v.1.2.5).

\*Más detalles acerca del rey Joacim se pueden leer en Jer. 22:13-19.

Día 2

Hab. 1:1-4; Ro. 15:4

Consideremos cuatro aspectos de Habacuc en sus conversaciones con Dios:

### **1. El demandante – uno que está conmovido expresa sus preguntas**

¿Pregunta usted también a veces respecto a los acontecimientos en este mundo: Qué hace Dios? ¿Dónde está? ¿Por qué no interviene? ¿Hasta cuándo observa sin hacer nada? ¿Por qué permite que se extiendan las injusticias, el odio y los asesinatos por todo el mundo?

Tales cuestiones también expresa Habacuc. Él tiene que observar el derrumbe moral de Judá y la inminente conquista de los caldeos. Las palabras que elige Habacuc nos demuestran cuán peligroso y difícil se han tornado los tiempos. Él utiliza palabras como violencia, impiedad, corrupción, destrucción, pleitos y maldad. Él clama a Dios por ayuda contra la violencia e injusticia que acontecen, pero Dios aparentemente no escucha. Habacuc grita dando “voces a ti” con corazón consternado como lo podemos leer en el v.2.

“¿Hasta cuándo? ¿Por qué?” ¡Qué cuestionamientos importantes! Habacuc no vive distanciado de lo que pasa en el mundo. Él está orientado acerca de las situaciones en su pueblo: “me haces ver iniquidad y molestia; se levantan pleito y contienda” (v.3). ¡Qué

preciso expresan estas palabras también nuestra situación! De manera tremenda aumentan el pecado y la apostasía. (Lea Ro. 1:18-32.)

Habacuc no se aleja por falta de sensibilidad. Una y otra vez se dirige a Dios con sus preguntas. ¿Puede ser que Dios extraña nuestra consternación por la apostasía de nuestro pueblo y del mundo? Nos hemos acostumbrado a muchos aspectos que parecen ser “normales” en nuestra sociedad, sin embargo no concuerdan para nada con la voluntad de Dios. La desaprobación e ira, o cerrar los ojos, no ayudan en nada. Lo importante sería que nos acerquemos a Dios y hablemos con Él acerca de lo que vemos y escuchamos (Lea Jer. 14:7-9.)

### Día 3

Hab. 1:1-4; Sal. 44:23-26

¿Por qué no haces nada, oh Dios, por qué no intervienes? Es una pregunta apasionada, casi llega al límite de la duda y el reproche. Sin embargo son preguntas sinceras. No se puede amonestar a Habacuc. Si él no hubiera contado con las posibilidades de Dios, no hubiera preguntado de esta manera. Él reconocía la grandeza y omnipotencia de Dios. Justamente por eso él no podía entender por qué Él no intervenía, por qué callaba y las circunstancias no cambiaban. En tales situaciones se puede ir delante de Dios con preguntas y pedidos, como lo hizo también Asaf. (Lea Sal. 73:1-17; 74:10-23.)

Habacuc no pertenece al grupo de personas que se sienten bien con sus dudas y preguntas. Él habla con Dios acerca de las penas que le oprimen. Aquí encontramos un secreto de su vida bendecida: La persona de su contacto en cuestiones inexplicables y apremiantes es el Dios viviente.

Si nosotros estamos agobiados por una aflicción, una injusticia, por situaciones penosas que aparentemente no se pueden cambiar, no tenemos que buscar alivio hablando con otras personas acerca de eso, pues ellos están en situaciones semejantes. Podría pasar que nos metamos en abismos más profundos y nos separamos de Dios, el que aún hoy está dispuesto a obrar maravillas. Tenemos el gran privilegio de expresar nuestras preguntas directamente a Él. (Comp. He. 4:16.) Él nos atiende. Él nos contestará.

Puede ser que Su respuesta no corresponda a nuestras imaginaciones. “Dios no le dio a Habacuc explicaciones sino una revelación. Pues siempre necesitamos en épocas llenas de dudas una nueva perspectiva de Dios. El Señor no nos debe explicaciones, pero se revela a sí mismo, en Su manera de actuar con bondad, a aquellos que lo buscan” (W. Wiersbe; lea Sal. 37:5; 42:9-11; 119:81-88).

### Día 4

Hab. 1:5-11; Sal. 93:3.4

Habacuc dirige sus preguntas a *una* dirección: a Dios mismo. “Señor, ¿hasta cuándo, oh Jehová, clamaré?” El profeta no se mira a sí mismo y su entendimiento, tampoco a su alrededor y su desesperación, sino a su Señor. Él recibe respuesta de Dios, sin embargo ella no corresponde a sus imaginaciones. Él escucha que aún sobrevendrán peores situaciones para su pueblo.

“Haré una obra en vuestros días que aun cuando se os contare, no la creeréis. Porque he aquí, yo levanto a los caldeos, nación cruel y presurosa, que camina por la anchura de la tierra para poseer las moradas ajenas. Formidable es y terrible”. Dios no se queda callado.

Pero lo que anuncia ahora, escandaliza al profeta terriblemente: Dios planea castigar a su pueblo y comisiona a los impíos caldeos, este pueblo cruel al que no le importa nada y que expande terror y angustia por todos lados. Ellos tienen una sola meta: conquistar a otros pueblos y subyugarlos.

Con ilustraciones de la naturaleza describe el Señor a los caldeos y de qué manera tratan a los hombres: Sus caballos son más ligeros que leopardos y más feroces que lobos. Sus soldados se apoderan de sus víctimas como águilas. Su ejército pasa como el huracán por el desierto y deporta a los cautivos como uno recoge la arena y los lleva en barcos a países lejanos. Ellos no respetan a las autoridades. A los reyes los encierran en jaulas y los exponen ante los demás. Se ríen de portones y muros y conquistan ciudades fortificadas. Ellos confían totalmente en su propia fuerza y se enorgullecen de su poder.

Pero una cosa es segura: Dios sigue teniendo el control. Él sabe como llevar a su pueblo al arrepentimiento. Su promesa vale hasta hoy: Jer. 29:13.14; 24:7; Dt. 4:29-35.39.40.

Día 5

Hab. 1:5-11; Dn. 4:34

Habacuc experimenta con mucho dolor que Dios no tolera el pecado en su pueblo. La vida impía siempre tiene consecuencias trágicas. Repetidas veces Dios había advertido a su pueblo, sin embargo esas exhortaciones pasaron como el viento. (Lea 2.Cr. 36:14-21.) Pero el silencio de Dios debe haber sido aún peor para Habacuc. ¿Hasta cuándo no oye el Señor mi clamor?, se habrá preguntado. ¿Por qué no interviene?

Estas preguntas también nos agobian muchas veces a nosotros. Dios no siempre nos da una respuesta en seguida y a veces nunca. Pero Él siempre está en el control. Él sabe lo que hace, aun cuando los opresores puedan seguir con lo que hacen. Dios hizo saber a Isaías y así también a nosotros en las aflicciones: “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Is. 55:8.9; lea Ez. 18:29-32).

Dios tiene muchas posibilidades de hacer volver a las personas a Su buen camino. En Su amor y misericordia espera con los brazos abiertos a que vuelvan, como lo vemos en Lc. 15:11-24. “Aunque nos hayamos alejado de Dios como con mil pasos, se necesita solo un paso para volver a Él, gracias a Su amor” (H.-J. Eckstein). Esto nos puede animar a seguir orando por las personas que nos importan mucho.

La cuestión por qué Dios no interviene podemos ver también bajo otro aspecto: El autor Nik Ripken comenta de tres pastores de iglesias caseras en China que fueron condenados a tres años de prisión porque creyeron en Jesús. Durante este tiempo difícil y penoso, por su testimonio cientos de presos llegaron a creer en Jesucristo. Ellos mismos afirmaron que su confianza en Jesús se fortaleció y se arraigó más profundamente en Él.

Día 6

Hab. 1:5-12; Jer. 30:11; 31:18-20

¿Qué actitud toma Habacuc frente al actuar de Dios? No escuchamos ninguna palabra de desilusión, amargura o contradicción. Tampoco se enoja. Judá, el reino del sur de Israel, había gastado la paciencia y longanimidad de Dios. En vez de arrepentirse y volver a Dios, se endurecieron más y recurrieron a los ídolos de los pueblos alrededor de ellos. Para

Habacuc era indudable que Dios estaba castigando a su pueblo infiel. Avergonzado se humilla ante Dios, pero al mismo tiempo en esta situación triste se aferra con todo su corazón a Él. Habacuc busca la conversación con el Señor: “¿No eres tú desde el principio, oh Jehová, Dios mío, Santo mío?”

Llama mucho la atención que Habacuc después del anuncio del juicio llama a Dios: “Dios mío, Santo mío”. ¿Puede ser que el susto por el pecado de su pueblo lo impulsa a la adoración? Aparentemente Habacuc es atraído a la cercanía de ese Dios santo, el único que puede vencer la separación entre los hombres pecadores y Él, el santo Dios. El propósito del juicio queda bien claro para Habacuc: “Oh Jehová, para juicio lo pusiste; y tú, oh Roca, lo fundaste para castigar”. Habacuc está dispuesto a recibir el juicio de Dios. Él sabe: Cuando Dios castiga, aún nos atiende y “no moriremos”. (Lea Pr. 3:11.12; Job 5:17.18.)

El propósito de Dios no es la destrucción de su pueblo, sino una nueva vida que se relaciona con Él. Sin embargo Judá debería pasar por dolorosos sufrimientos y muchas pruebas. Ellos no habían respondido positivamente al actuar de Dios. (Comp. Mt. 23:27.) Habacuc está convencido que Dios no permite el hundimiento total de su pueblo en ese tiempo difícil, sino que lo levantará purificado. Él no admite en su corazón dudas de la santidad de Dios, ni de Su justicia y Su amor. (Lea Sal. 77:13.19.20.)

Día 7

Hab. 1:12-17; Is. 43:15

Después de haber considerado la situación de su pueblo desde el punto de vista de la santidad de Dios, Habacuc argumenta ahora de parte del pueblo impotente. Él trae su queja ante Dios: “¿Por qué ves a los menospreciadores y callas cuando destruye el impío al más justo que él, y haces que sean los hombres como los peces del mar, como reptiles que no tienen quien los gobierne? Sacará a todos con anzuelo, los recogerá con su red, y los juntará en sus mallas; por lo cual se alegrará y se regocijará... ¿Vaciará por eso su red y no tendrá piedad de aniquilar naciones continuamente?”

Judá no saldría nunca airoso de un ataque bélico de sus enemigos. Los hombres eran estimados por los caldeos como peces atrapados en la red y como gusanos que nadie tiene en cuenta. La degradación de los hombres de parte de los caldeos se demuestra aquí en una manera terrible. Además hay que agregar las angustias de muerte.

¿Cómo podría permitir Dios que su pueblo impotente e indefenso fuera atacado por una nación tan cruel y brutal? Por cuarenta años Dios había advertido a su pueblo también a través del profeta Jeremías. Él rogó encarecidamente a los hijos de Judá volver a Dios, pero ellos no tomaron en serio sus advertencias.

En una tercera oración Habacuc se queja de la manera arrogante de vivir de los caldeos. Su fuerza era su dios (v.11). Ellos confiaban en su soberanía militar y adoraban a los ídolos llamados “fuerza” y “brutalidad”. Se sentían seguros de sí mismos y eran arrogantes. Sus sacerdotes empleaban la hechicería .

¿Cómo podía Dios permitir a tales hombres que atacaran a su pueblo? Habacuc dice todo lo que él no puede entender delante de Dios. Después se queda tranquilo y espera la respuesta de Dios. (Lea Sal. 62:7.8; 37:7a.)

Día 8

Hab. 2:1-4; Sal. 73:1-17

## 2. Habacuc el que espera

Aparentemente tanto Habacuc como también Asaf tuvieron experiencias parecidas. Los dos tienen que observar cómo los impíos prosperan y les va bien, cómo ellos se muestran arrogantes y altivos, despreciando a los honestos. Igual que Habacuc, Asaf trae sus preguntas ante Dios. Mientras espera la respuesta de Dios su corazón está cavilando. Él escribe lo doloroso y penoso que eran estos pensamientos, hasta el momento cuando “entrando en el santuario de Dios comprendí el fin de ellos” (Sal. 73:17).

Habacuc en su situación, toma una decisión: “Sobre mi guarda estaré, y sobre la fortaleza afirmaré el pie, y velaré para ver lo que se me dirá, y qué he de responder tocante a mi queja”. El profeta se mantiene en su posición a pesar de todo lo que le asusta. Él no permite que le gobierne el pánico por su consternación y sus preocupaciones. Él espera con expectativa, quizás con algo de inseguridad, a que Dios hable.

Muchas veces vivimos situaciones que no podemos explicar, que parecen ser peligrosas e inexplicables y que nos inquietan en nuestro interior. Cavilamos ansiosamente por soluciones o discutimos con otros por la situación sin salida. Pero esta conmoción interior frena nuestra disposición de oír y atender. Con todo el reflexionar no debemos olvidar lo más importante: escuchar la voz de Dios y preguntar por lo que Él nos quiere decir. (Lea Is. 50:4b.5; 25:9; 26:8; 33:2; Lm. 3:25.26.)

El ejemplo de Habacuc nos alienta a esperar la respuesta de Dios pacientemente. ¡Él tiene la respuesta para nosotros en el tiempo exacto! Ruth Graham aconsejando a una mujer, dijo: “¿Por qué no pides a Dios que te muestre lo que debes hacer? Lee la Biblia y ruega por la respuesta”. (Lea Job 35:14; Sal. 25:1-5.12; 32:8.)

Día 9

Hab. 2:1-3; Sal. 130:5-7

Habacuc se anima a salir de la profundidad de su aflicción: “Sobre mi guarda estaré”. Él muestra en su situación complicada cómo él actúa en la dura prueba ante la incompreensión de los caminos de Dios, y la tensión entre no ver nada y la promesa de Dios. Habacuc ve el acercarse de los enemigos con mucha rapidez. En muy poco tiempo llegarán a su país y lo avasallarán como una bandada de langostas. Entonces nadie podrá salvarse.

¿Qué hace Habacuc en este tiempo cargado de terror, angustia y tensión? Él toma una decisión firme: “Sobre la fortaleza afirmaré el pie, y velaré para ver lo que se me dirá, y que he de responder tocante a mi queja”. “Yo velaré”- a veces las más sencillas directivas de Dios son muy difíciles de cumplir.

Esperar, velar pacientemente hasta que tengamos “luz verde”, nos resulta muy difícil. “Guarda silencio ante Jehová, y espera en él”. “Estad quietos y conoced que yo soy Dios” (Sal. 37a; 46:10).

¿Estar quieto, ahora que quisiera gritar mi temor y mi preocupación por lo que vendrá, a los cuatro vientos? ¿Estar quieto, ahora que me aliviaría poder quejarme fuertemente por todo lo que me parte el alma, lo que me molesta y lo que no puedo entender? El ejercicio que se menciona aquí es esperar y confiar. “La esperanza de los justos es alegría” (Pr. 10:28a; lea Sal. 33:20-22; Is. 30:15.18-21).

Habacuc no espera a lo que harán los caldeos o lo que hará su pueblo. Él espera la

respuesta de Dios: “El Señor me respondió, y dijo: Escribe la visión, y declárala en tablas, para que corra el que leyere en ella” (Hab. 2:2).

Día 10

Hab. 2:1-4; Is. 40:10.11

“Y Jehová me respondió y dijo...” Dios no nos deja sin respuesta cuando le preguntamos. Estar sobre “la guarda”, en espera, es un tiempo especial, lleno de expectativas. Nos desafía permanecer con paciencia y disposición de aguante. Con todo sigue siendo cierto: Dios no nos abandona.

El médico y poeta Dr. Johann Scheffler se aferró en el espantoso tiempo de la Guerra de los Treinta Años a su Dios igual que Habacuc en su tiempo. En su canción: “Sígueme, dice Cristo, nuestro vencedor” el poeta pone en la boca de Dios la pregunta dirigida a los que han confiado sus vidas a Él, diciendo: “¿Les parece demasiado difícil?” Sin esperar la respuesta, ellos reciben la promesa alentadora: “Yo voy delante de vosotros, yo estoy a vuestro lado, yo mismo estoy luchando, yo hago el camino, yo soy todo lo que vosotros necesitáis en la lucha”.

Llama la atención que Habacuc recibe claras instrucciones de lo que debe hacer: “Escribe la visión, y declárala en tablas, para que corra el que leyere en ella”. Una y otra vez Dios le da ánimo a Habacuc. Esto le ayuda a no resignarse en las conmociones y problemas de esos tiempos difíciles. Él se da cuenta que Dios, a pesar de los enigmas y conflictos de la vida, llegará a la meta de Su propósito. (Lea Jer. 29:11.)

La promesa se cumplirá (v.3). El autor de la carta a los hebreos se refiere a ese texto de Habacuc y señala el regreso de Jesucristo: “Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Mas el justo vivirá por fe” (He. 10:37.38). Probablemente Habacuc no tenía idea de la amplitud de la respuesta de Dios a su queja. Dios responde de esa manera especial a aquel que conmovido por la miseria de los hombres, derrama ante Él su corazón.